

ERNESTO RAMIREZ

La vida siempre tiene dos caras. A veces nos muestra la amigable, la que nos hace creer que todo es fácil, lindo, agradable, dónde todos se muestran amigos y se alegran de que las cosas nos vayan bien. La cara en la que toda la familia está junta y dispuesta a tendernos una mano cuando se la necesita. Y otras veces, nos muestra la peor cara, la que te hace sentir un fracasado, abandonado a tu propia suerte, solo, sin nadie que te preste el oído o te tienda una mano cuando estás caído. Así se sentía Ernesto el lunes a la mañana, no terminaba aún de sentarse en su escritorio cuando la señora Ordoñez, jefa de recursos humanos, lo mandó a llamar:

-¿Quería verme señora?

- Ah... Ernesto, sí, tome asiento, tenemos que hablar.

La cara de la señora no invitaba a imaginar que la charla iba a ser agradable. Más bien presagiaba que algo malo sucedería, por lo que la pesadumbre que ya venía trayendo Ernesto le hacía imaginar lo que le iba a decir, pero rescatando un atisbo de optimismo, se sentó y esperó que fuera ella quien comenzara la charla.

-¿Cuántos años lleva en esta empresa Ramírez?

- Treinta años señora, me faltan meses para jubilarme.

- ¿Tiene familia?

- A cargo ya no, son todos adultos, mi señora murió el año pasado, y mis hijos ya formaron su propia familia.

- Ya veo.

-¿Pasa algo con mi trabajo señora? ¿He hecho algo que la ha disgustado? Si es así le pido mil disculpas, sé que soy un poco torpe a veces pero este cambio en la oficina, con la nueva informática quiero decir, a veces hace que me complique con las cosas. Pero estoy aprendiendo rápido, todos los días a la salida del trabajo voy a lo de Juan un vecino joven que hay en mi edificio, que me está enseñando a usar la computadora con todos los programas que manejo en la oficina.

La señora Ordoñez, se incorporó de su silla, fue hasta la máquina de café, se sirvió uno, le ofreció otro a Ernesto, miró por la ventana que daba a una hermosa plaza, abrió la ventana, respiró el aire fresco de las primeras mañanas de otoño, como dilatando un poco más la mala noticia que debía comunicar a ese pobre hombre.

Volvió a su escritorio, se sentó y mirando a los ojos a su empleado le dijo:

-Usted habrá escuchado y hasta visto que la empresa está recortando presupuesto, la situación económica no es la deseada y con la incorporación de las computadoras ya no son necesarios tantos empleados, ahora las máquinas han

facilitado el trabajo y para lo que antes se necesitaban diez personas ahora con una que la sepa manejar ya es suficiente.

-Sí, algo he escuchado, aunque, disculpe, si bien las máquinas son inteligentes, creo que nunca trabajan mejor que los hombres. Recuerde el otro día cuando se cortó toda la energía del edificio, si no hubiera sido por el papel y la birome no hubiésemos podido entregar esa información urgente que estaba solicitando el directorio.

-Sí es cierto, pero esa vez fue algo excepcional, no va a suceder siempre. Ramírez lo que trato de decirle es que lamentablemente vamos a prescindir de sus servicios.

La taza de café cayó de las manos de Ernesto y se estrelló contra el suelo dejando una mancha enorme. De los ojos del pobre hombre brotaron las lágrimas, no entendía cómo después de tantos años de dar horas de más para la empresa y faltando tan poco para estar a las puertas de la tan esperada jubilación podían así como si nada darle semejante noticia. Se puso una mano en el pecho, sentía palpitaciones, y la habitación comenzó a girar alocadamente. De pronto algo dentro de él, que tenía contenido hace muchos años, pugnaba por salir por su garganta; sabía que si lo dejaba salir ya no habría marcha atrás, pero todo daba igual, no iban a cambiar la decisión tomada, la de largarlo a la calle como a un perro, como a un papel que una vez escrito se lo arruga y se lo tira a un tacho sin importar nada. Treinta años de servicio, de levantarse a las cinco de la mañana, tomar dos colectivos, sin llegar un solo día tarde, trabajar más de las horas que le pagaban, porque cuando el directorio pedía los informes anuales era Ernesto Ramírez el único empleado que se quedaba a terminarlos, sin nunca haber recibido el mínimo reconocimiento por su trabajo. Si hasta cuando su esposa, Sara, tuvo que ser internada, él seguía yendo a la oficina y una vez terminada su labor se pasaba lo que restaba del día en el hospital. Y mal dormido, y mal comido, volvía al otro día a fichar en ese reloj que automatizaba su vida. Y ahora lo echaban, ya no era útil, se había vuelto obsoleto, ya tenían la máquina, para qué lo necesitaban. Váyase.

Aunque trataba de calmarse sentía que la furia le seguía creciendo por dentro y se encontró diciéndole a la jefa de recursos humanos que era una persona desagradable, que se amparaba en el cargo que había obtenido no por mérito ni esfuerzo sino sólo por ser la mujer del Secretario General, y sólo por eso ella iba a estar siempre a salvo de ser despedida.

-¡No le permito que hable así de mí y menos que ponga en duda mi moral! - replico la Sra. Ordoñez

- ¿Qué no me lo permite? Hace tiempo que alguien la debería haber puesto en su lugar "señora". Muchos años tuve que soportar sus humillaciones constantes, tratándome de inútil y haciendo que los jefes no me tomaran en cuenta cuando había un puesto para concursar.

-Eso no es mi problema, además debe darse cuenta de que está viejo para poder acceder a los cargos que usted pedía.

-Viejo no señora, podré ser un empleado antiguo, pero viejo no. Yo sé que todavía puedo dar mucho a esta empresa pero es usted la que vive poniendo palos en la rueda cada vez que elevo mi pedido al Secretario General para que considere darme un ascenso.

-Lamento que tenga ese preconcepto de mí, Ramírez.

-No señora, no es un preconcepto, es una afirmación, usted es la peor persona que tiene esta firma, y le digo más, todo en la vida se paga señora y ese día no va a estar tan lejos en llegar

-¿Me está amenazando Ramírez?

- No señora amenazándola no, no me ensucio las manos por tan poca cosa, pero delo por hecho que las cosas no son para siempre, ni para usted aunque sea la "mujer" del jefe.

-Usted Ramírez me da mucha pena, solo es un pobre hombre y ahora, cuando tenía la oportunidad de callarse y pedirme que le mantenga el trabajo, se ha envalentonado mal faltándome el respeto. Ahora ya no hay vuelta atrás a mi resolución de prescindir de sus servicios.

- ¿Quería que le mendigara, que me arrastrara a sus pies suplicándole que me deje mantener mi trabajo? No me conoce señora, Ernesto Ramírez jamás suplica. Y que yo no le dé pena señora, mejor apéñese de su persona, porque después de todo ¿Qué sería de usted si no fuera que se arrastra ante la plana mayor mendigando un poco de atención después de la oficina, mientras que ellos son los que obtienen todos los beneficios y quedan bien vistos ante sus empleados usándola para sus fines más ruines?

-Retírese inmediatamente de mi oficina, recoja sus cosas y mañana no quiero verlo en esta empresa, está despedido y quiero ver ahora que va a ser de su vida, dónde va a encontrar un trabajo con los años que tiene y la inutilidad que ha sabido cosechar.

Ernesto salió hecho una furia de la oficina y tomó a paso firme la avenida. Distráido. Ocupada su cabeza en el repaso de la discusión, de las frases más hirientes e inesperadas que dijo y le dijeron. No regresará mañana ni nunca y tampoco podrá jubilarse. Tantos años entregados a esa empresa para nada. Viudo, con los hijos lejos, que no se preocupaban por su padre, comenzó a ver muy terrible el futuro. En eso iba pensando y tratando de calmarse de tan ingrato momento cuando a la vuelta de la esquina se tropieza con Sarita.

-¡Don Ernesto! ¿Cómo está? ¿Adónde va tan enojado?

Ernesto, ensimismado al principio no conoció a la mujer que lo saludaba tan amigablemente, fue hasta después de un rato cuando se dio cuenta de quién era y trató de sonreírle pero sólo le salió una mueca que preocupó mucho más a Sarita.

-Cómo le va señorita. Disculpe venía pensando en mis cosas y no la reconocí.

-Está bien, no se preocupe Don Ernesto. Pero ¿le pasa algo? Nunca lo había visto tan enojado, ¿quiere contarme? Ande, venga, lo invito a tomar un café, de paso se relaja y me dice qué es lo que lo puso de ese humor.

Ernesto al principio se negó, no se sentía bien y quería llegar a su casa y repensar todo lo sucedido, pero Sarita insistió tanto que no pudo seguir negándose y fueron hasta el café de Lucas, donde se decía que el cliente era atendido por su propio dueño.

Al entrar al café, Ernesto quedó perplejo al ver lo hermoso del lugar, todo en él era historia, la modernidad no había llegado y no quedaban mesas vacías casi, como si fuera el único café de la ciudad. Ernesto tomó asiento en una de las mesas típicas de los bares de antes, las redondas de roble con una pata en el centro y varias sillas alrededor de esterillas. Las paredes eran de ladrillo visto y estaban cubiertas de fotos de artistas, músicos y personajes importantes de la década del cincuenta; no había televisores, sólo se escuchaba de fondo un programa de radio. Lucas, el dueño, sacaba las cuentas con un lápiz y papel. La registradora se abría luego de darle tres vueltas de manija, todo era antiguo. A Ernesto le produjo una emoción profunda, eran cosas por él conocidas, de su época, eso sí lo manejaba bien, no las computadoras y toda la modernidad que lo habían complicado al punto de perder su empleo.

-Eh... don Ernesto... ¿me escucha?

En ese momento cayó en la cuenta de que Sarita le había estado hablando pero él no la escuchaba. Se había abstraído con lo que veía.

-Sí disculpe, me fui, ¿me decía Sarita?

-Le preguntaba ¿qué quería tomar?

-Un cafecito, nada más.

-Mozo dos café chicos por favor.

-Bueno... soy toda oídos, cuénteme qué le está pasando.

-Nada, cosas de viejos, pareciera que de pronto no servimos para nada, si no manejamos tecnología o no tenemos esos teléfonos de ahora no estamos en el mundo.

-¿Y por eso iba tan enojado cuando lo encontré en la esquina?

No, en realidad venía de tener una discusión muy fuerte y muy fea con la jefa de recursos humanos de mi oficina, están haciendo recorte de presupuesto y el obsoleto Ernesto no es adecuado para el proyecto de progreso que quieren para la empresa y sin más me despidieron. Treinta años de servicio, nunca una falta, ni una palabra de más y así como así me dieron el pase hacia la calle como si fuera un trapo viejo al que se lo tira sin sentimientos.

-Cuánto siento lo que me está contando... ¿Y ahora qué va a hacer?

No tengo idea querida, a esta edad ¿dónde voy a conseguir un nuevo trabajo? Ya estoy viejo y lo de hoy me quitó toda gana de vivir.

-Eh... Don Ernesto, no diga eso, usted todavía tiene mucho para dar. Vamos, ánimo, tómese el cafecito antes que se le enfríe, después lo acompaño a su casa, se da un baño, se acuesta temprano y va a ver como mañana ve la vida diferente. Créame yo sé lo que le digo.

Ernesto miró a ese ángel que se cruzó en su camino, le tomó las manos, le dio las gracias por haberlo escuchado, le sonrió, con una sonrisa triste, agradeció el café y juntos se encaminaron para el hogar. En el camino no pronunciaron palabras, no hacía falta. Al llegar a la puerta del hogar de Ernesto, Sarita le dio un beso en la frente y se perdió doblando la esquina, él entró, se dio un baño, se acostó temprano cómo le habían aconsejado y se durmió tranquilo.

A la mañana siguiente mientras se preparaba el desayuno, prendió la radio y escuchó la noticia, la empresa donde había trabajado durante treinta años había entrado en quiebra, los jefes habían sido apresados por robar los fondos de capitales de inversión, la señora Ordoñez estaba imputada por cómplice. Ernesto tuvo que sentarse, no podía creer lo que sus oídos escuchaban, la periodista también informaba que la empresa había sido comprada por nuevos dueños, y que prometía quedarse con todo el personal no jerárquico.

No decían quiénes eran los nuevos dueños, pero una luz de esperanza se encendió en su corazón mientras pensaba: "si los antiguos jefes ya no están, entonces existe una posible posibilidad de que mi despido no se haya concretado, y si eso sucedió es probable que yo todavía tenga trabajo". Se vistió raudamente, el colectivo lo dejó como siempre en la puerta del trabajo, pasó por el hall de entrada saludando a Manuel, el portero,

-¿Se enteró don Ernesto? Tenemos nuevos patrones, a los otros se los llevó la policía anoche mientras intentaban escaparse con toda la platita de la empresa. Tuve una noche movidita.

-Sí escuché por la radio, y ¿se sabe quiénes son los nuevos empresarios que la compraron?

-Todavía no sé nada, pero están todos reunidos arriba.

A Ernesto no le daban las piernas para subir las escaleras y encontrarse con esta nueva realidad. El corazón le latía cual adolescente que va a su primera cita amorosa, y guardaba todas las esperanzas de que todavía pudiera quedarse trabajando.

Cuando entró, todos los compañeros lo salieron a recibir eufóricos, eso era buena señal, y los más jóvenes lo aplaudían. Ernesto no entendía nada. Sólo quería encontrarse con los dueños de la empresa.

-¿Dónde están?

- En tu oficina, le dijeron todos a la vez

Ernesto se dirigió a su antigua oficina con las piernas temblorosas y al entrar se la encontró a ella, a Sarita que lo recibió con una sonrisa: “Bienvenido don Ernesto, ¿dispuesto a trabajar para sus nuevos jefes?”.

Ernesto Ramírez no salía de su asombro, positivamente, a la vuelta de la esquina la vida le había puesto un ángel en el camino para demostrarle una vez más que la vida tiene dos caras: “a veces te toca la tragedia, como ayer, pero otras te toca la alegría, como la que estaba recibiendo hoy”. Y sin más rodeos, tomó su máquina de escribir y comenzó la labor como un día más.